

LA INSINCERIDAD

Confidencial

Si el colegio sigue el curso completo de "Padres y Maestros", al tiempo que los padres reciben este número de la revista, los alumnos habrán oído cuatro charlas sobre el tema de la Sinceridad.

Al alumno no se le han inculcado, en primer lugar, los aspectos positivos de la sinceridad, sino que se le ha llevado de la mano al "cuarto de los horrores" y se le han ido mostrando, con sana agresividad, algunos tipos que componen una clásica antología de la insinceridad:

- el Fariseo, llamado también hipócrita,
- el que no se mete en nada, llamado también "Ciudadano-Pilato",
- y el oportunista, llamado también aprovechado o "chaquetero".

La denuncia es capítulo nuevo, pero importante, en la nueva pedagogía social.

Se trata de que el niño abra los ojos y empiece a calibrar, a su manera, las dosis de resistencia que ofrecen estos tipos dentro de una sociedad que intenta purificarse y reestructurarse sobre una base de mejor servicio al prójimo.

Se trata, también, de que el niño vea —hasta donde sea posible— el proceso de incubación de los encausados, a partir de las menudas historias del colegio y de algunos ingredientes que derivan del ambiente y de la educación familiar.

Finalmente, al niño se le han mostrado los rectos caminos que conducen a la formación del hombre auténtico y se le ha colocado, como ante un espejo, delante de Aquel que pudo decir sin exagerar: "Yo soy la Verdad".

¡HAY QUE ENTENDERLOS!

Y algo de eso pretendíamos al hablar de la insinceridad involuntaria: proponer una pista para la comprensión. Porque si es posible incurrir en la insinceridad por caminos en los que la responsabilidad personal no es dueña de sí misma, tal vez haya que trasladar a ese capítulo algunas de las insinceridades que el educador había catalogado, hasta el momento, como maniobras conscientes del niño.

¡PERO NO EXAGEREMOS!

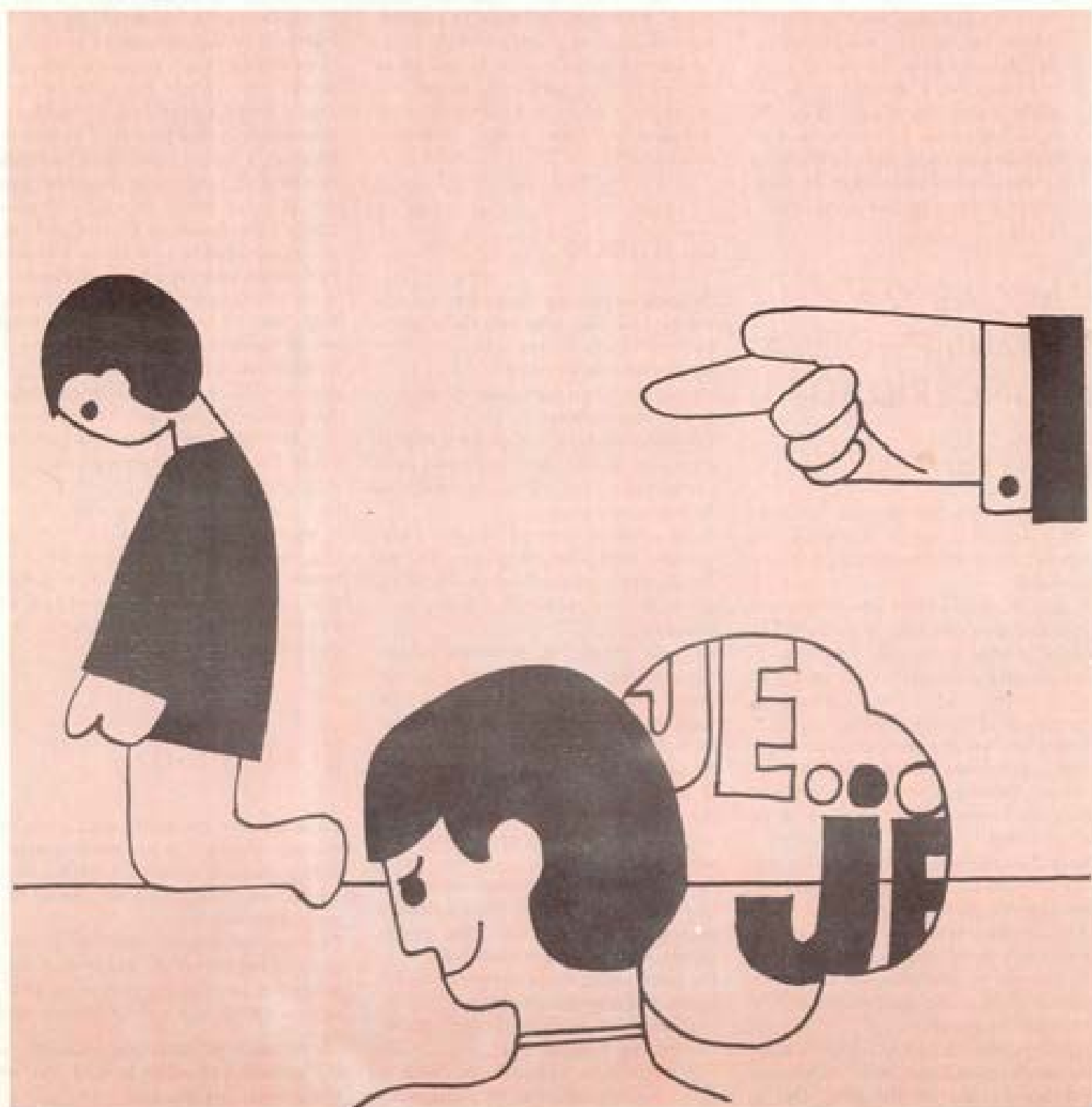
Porque hay también otro datos que el educador no puede olvidar:

- El niño no es un ser maduro en su libertad ni en su capacidad de elección.

Sin embargo, su libertad va madurando a base de pequeñas elecciones para las que él tiene —en casos normales— lucidez suficiente y alcanza, por eso mismo, un cierto grado de responsabilidad. Medir esa responsabilidad supone, desde luego, medir el nivel psicológico en el que el niño se mueve a esa edad y en esas circunstancias.

- El niño llega con bastante rapidez a tener conciencia de lo que es real y de lo que no lo es; de lo verdadero y de la falso.

Y SUS RAZONES



Poco a poco, mediante la educación moral, el niño adopta actitudes distintas ante la verdad y ante la mentira. Y el niño puede, en algún momento, elegir lo que es falso para salir a flote en una situación concreta, en contra de su "criterio" moral, todo lo ampliamente entendido que se quiera.

CAUSAS MÁS COMUNES DE LA INSINCERIDAD

Ellos son así

Los rasgos característicos de la infancia y no pocos de la adolescencia, son más bien desfavorables a la sinceridad.

El niño es egocéntrico por naturaleza y sumamente afectivo. Vive centrado en sí mismo y en sus intereses. El mundo gira a su alrededor, está a su disposición y sólo tiene sentido en cuanto se relaciona con él.

Todas las fuerzas vivas de su ser tienden a satisfacer sus apetencias y sus deseos, principalmente los que tocan más de cerca a su cuerpo y a su afectividad.

Estas fuerzas son el móvil de sus actos. ¡Y cuántos actos de insinceridad encuentran aquí su origen!

Aquel niño inventaba una historia tremenda para que se ocuparan de él cuando la atención de la mamá estaba demasiado acaparada por la hermanita pequeña...

Lolita recuerda que cuando la operaron de apendicitis, toda la familia estaba pendiente de ella. Desde

aquel entonces, a Lolita le repiten periódicamente ciertas crisis de dolor de vientre. Cuando la mamá le dice que ya no puede ser el apéndice, Lolita asegura que siente como si le hubieran dejado dentro un bistrú olvidado (II).

El miedo

Se podría enunciar como una ley universal: la causa principal de la insinceridad, tanto en los niños como en los adultos, es el miedo.

La insinceridad funciona como una batería de defensa.

Paradójicamente, no es raro que el educador se convierta en causa indirecta, pero real, de la insinceridad de sus educandos.

En la relación profesor-alumno, este peligro está siempre al acecho, especialmente cuando el profesor no es un modelo de amabilidad y acogimiento.

En este caso, los alumnos adoptan una actitud cautelosa y echan mano del disimulo como sistema de coexistencia, tratando por todos los medios de substraerse a las cóleras de su maestro.

El muchacho grita: —¡No he sido yo!

—¡Eres un cínico! ¡Si te he visto con mis propios ojos...!

Peró lo que en realidad el muchacho quería decir, lo que brincaba debajo de sus palabras era esto otro: —¡No quiero que usted me castigue! De poco vale, en la mayoría de los casos, la frasecita de rigor:

—¡Vamos, sé sincero! ¡Vamos pórtate como un hombre!

Por de pronto, ni todos los niños ni todos los adolescentes responden au-

tomáticamente al estímulo de la hombría, y eso porque es probable que nadie se haya ocupado de enseñarles con calma la relación que existe entre sinceridad y hombría. Además, porque ya están acostumbrados a saber que los hombres mienten. Y luego porque, una vez que el temor anda en juego, al educador que busca la sinceridad del discípulo sólo le queda un camino razonable: hacerle perder el miedo... a no ser que a alguien le parezca útil, como recurso normal para obtener confesiones verdaderas, acudir a la coacción o a la "fortura".

Aunque los ejemplos están tomados de la vida del colegio, es necesario —y es fácil— establecer un paralelismo con lo que ocurre en la relación padres-hijos.

Desde el momento en que el niño se pregunta: "¿Qué va a pasar si les digo a mis padres la verdad?... el temor, o la falta de confianza, juega una baza importante en contra de la sinceridad. Y es probable que la sinceridad sea la que pierda.

El ejemplo

La acusación de hipocresía —ya lo dijimos— contra la sociedad que somos y en la que vivimos, se ha convertido en un lugar común, en un tópico doloroso.

En estos dos últimos años han paseado por las calles de Europa, transportadas por brazos juveniles, pancartas de tonos y colores agresivos:

"Si nosotros estamos podridos, ha sido vuestra sociedad la que nos ha transmitido los gusanos".

"Nos habéis mentado en todo".

"Una sola manera de salvar el mundo: destruir lo que vosotros habéis hecho".

La acusación de insinceridad contra nuestro mundo es una constante que va desde la literatura más fácil ("... cierto olor a podrido") hasta el grave testimonio del Concilio Vaticano II.

Ahora bien, en medio de ese clima, dentro de ese mundo, están nuestros niños.

En medio y dentro: dos palabras importantes.

Eso quiere decir que las componendas para evitarles el contagio van a ser poco eficaces y tratar de ponerles de vez en cuando entre paréntesis (mandándoles a la sesión de cine infantil o al parque con la chacha para que no se enteren de lo que hacemos o decimos en casa) tampoco es un arreglo del problema. Y no estará inmunizado contra un fuerte contagio de insinceridad:

- el niño que sabe que le mandan salir de casa no para que juegue o para que se airee... sino para que no escuche, para que no vea, para que no sepa... cosas que se dicen y se hacen y se piensan en casa;
- el niño a quien mamá suele leer cuidadosamente la cartilla antes de que vaya a visitar a la tía que no se habla con mamá: "Tú no le digas que..." "Si te pregunta, tú como que no sabes..." "¡Dios te libre de contarle que...!" "A ver si te enteras de... pero dejando caer las preguntas, como cosa tuya"...
- el niño cuyos padres se llevan mal, están a punto de separarse o se han separado, y tratan de



repartírselo como al niño de Salomón:

El papá: —"Y de esto, ni una palabra a tu madre".

La mamá: —"Y de esto, ni una palabra a tu padre".

- el niño que va para mayor y que cae en la cuenta de que para ciertas cuestiones importantes, los papás sólo han tenido respuestas incompletas o absolutamente falsas:

"A ti te ha traído la cigüeña".

"Te hemos encargado a la fábrica de niños de París".

"Dios no quiere a los niños que se portan mal como tú".

"Esas cosas no las preguntan los niños".

... en vista de lo cual, el niño decide, a su vez, ocultar a sus padres las otras explicaciones que le facilitó un compañero... y "abandonarles a su ignorancia".

- el niño que observa a diario la perpetua contradicción entre nuestras teorías religiosas, morales, sociales... y la práctica fundamental de las mismas.
- el niño a quien alguna vez le han dado un consejo explícito de no hacer ascos al disimulo y a la mentira, consejo que puede revertir formas inofensivas y aun razonables:
 - "Hay que arreglárselas para que a uno no le pisen en la vida".
 - "Entre la verdad y la mentira, tírate siempre por las medio verdades que sólo son medio mentiras".
 - "Cuando todo el mundo miente, empeñarse en defender la verdad es un acto heroico pero perfectamente inútil".

A los ojos del niño, un consejo explícito de insinceridad, suele ser argumento suficiente para que él justifique todas sus insinceridades.

Lo grave de esta autojustificación, es que le va conduciendo al falseamiento de su conciencia moral.